

Montaigne y la cuestión americana

Por Enrique MARTÍNEZ MIURA*

LOS *ENSAYOS* DE MICHEL DE MONTAIGNE (1533-1592) tratan una multitud de temas interrelacionados mediante lo que ahora llamaríamos libre asociación de ideas. Son numerosos los casos de contradicciones flagrantes nacidas, la mayor parte de las veces, de los cambios operados en la materia que conforma el interés central que mueve al escritor: su propio yo. De las escasas cuestiones de la realidad exterior que llaman su atención, el crucial acontecimiento histórico del siglo que le tocó vivir excita algunas de las reflexiones más lúcidas de las páginas que nos legó. Se trata de los sucesos relacionados con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Como cuando se aproxima a otros sujetos en su prolija obra, Montaigne mezcla también tradición y modernidad. Por lo que respecta al primer elemento, sus páginas sobre las culturas originales de América podrían encadenarse a la larga serie de escritos que se remontan a la Edad Media, donde los viajeros o hasta las personas que nunca se habían movido de su lugar de residencia describían, en términos más fantásticos que reales, el asombroso aspecto físico de los habitantes de tierras lejanas y, en ocasiones, la no menos sorprendente justicia de su organización social. El ensayista no se ve libre de esta visión ficticia, un poco a la manera de realización sobre la tierra de la *Utopía* (1516) de Tomás Moro, quien desde luego no hubiese escrito su obra en la forma en que lo hizo sin la experiencia del encuentro del nuevo continente. Montaigne pertenece, evidentemente, a la categoría de escritores sedentarios, aunque en determinados puntos se muestra bien informado y, si hemos de darle crédito, varias veces tuvo contacto con personas nativas allende el mar y hasta mantuvo una conversación con un cabecilla indígena trasplantado a tierras de Francia.¹ Pero es en el lado más novedoso de su tratamiento donde podemos entrever algunos rasgos de lo que será la función del intelectual moderno.

Fuera de España, la información sobre América de que podía disponer un ciudadano europeo culto no se limitaba a las noticias

* Investigador independiente, crítico musical y ensayista español; e-mail: <enriquemiura@telefonica.net>.

¹ Michel de Montaigne, *Ensayos*, ed. y trad. de Dolores Picazo y Almudena Montojo, Madrid, Cátedra, 1987, 3 vols., vol. 1, cap. 31. En adelante las referencias a esta edición se indicarán entre paréntesis en el texto.

de viva voz que pudieran aportarle los viajeros, o aun los escasos nativos que cruzaban el océano hacia el Viejo Mundo. Para cuando Montaigne está inmerso en la redacción del primer volumen de sus *Ensayos* —tengamos en cuenta que en él menciona la batalla de Lepanto como sucedida meses atrás (I, 32), el 7 de octubre de 1571— es muy probable que circularan ya manuscritas muchas de las crónicas donde los religiosos y militares españoles narraban sus experiencias. Es igualmente cierto que las imprentas habrían sacado a la luz varios de estos títulos principales del americanismo, no pocos de ellos en capitales europeas de amplio influjo, caso del libro de Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y la conquista de México*, editado en Amberes en 1554.

Varios de estos escritos fundaron la ciencia etnográfica; seguramente, muchos de sus datos influyeron sobre Montaigne, si bien no nos es dado precisar sus fuentes, pues la cuantiosa biblioteca del autor —mil volúmenes— estuvo formada sobre todo por los clásicos griegos y latinos, profusamente citados en el curso de los *Ensayos*. Una alusión de pasada, empero, garantiza que tenía un grado indeterminable de familiaridad con los relatos de los hechos de armas acontecidos en México (III, 6).

Puede considerarse que Montaigne es uno de los primeros autores que reflexionan sobre las consecuencias del Nuevo Mundo. Meditación de tipo intelectual y de segunda generación, que es lo que distingue su enfoque del de las primeras fuentes castellanas, donde hay más una recogida directa de observaciones e informes facilitados por los naturales.

El ensayista francés no puede evitar que buena parte de su interés por los sucesos de la nueva tierra firme sea una manifestación más del gusto que confiesa por las civilizaciones y costumbres extrañas (II, 17). Aquí podemos encontrar, posiblemente, la raíz de que en su texto se mezclen datos comprobables con mitos y aun con los cuentecillos más inverosímiles.

Las fantasías que conserva por escrito son las que atan todavía a Montaigne al género de las narraciones medievales. El racionalismo, embrionario si se quiere, de nuestro autor le impide hablarnos de unicornios o humanos sin cabeza y con el rostro sobre el pecho, aunque establece todo un catálogo de formas homínidas ambiguas (II, 12), que por descontado nunca existieron fuera de su imaginación. Sin embargo, el filo de su crítica se embota hasta el extremo de admitir crédulamente que muchos pueblos del Nuevo Mundo se alimentaban de insectos y arácnidos (I, 23). Otra supuesta

costumbre que admite sin más, con el añadido de la vaguedad de referirse a ella como imperante en “cierta región”, se refiere a los límites de edad para contraer matrimonio. Según Montaigne (II, 8), los hombres podían emparejarse siendo unos niños, desde los diez años, pero cuando accedían a la edad adulta debían esperar hasta rebasar los cuarenta. No lejos de este mismo pasaje, realiza la chusca afirmación de acuerdo con la cual hombres y mujeres solían ayuntarse en público (II, 12).

Lo más importante es que, junto a este anecdótico sin valor, encontramos partes que denotan que Montaigne se ha percatado de las novedades relativas a la incorporación de un nuevo continente a la imagen del mundo y, más que nada, de unas culturas distintas. La disparidad comienza desde la existencia de una flora y una fauna diversas (II, 12). Lástima que lo disperso de su escritura le impida relacionarlo con otro lúcido chispazo también presente en su obra: un comentario acerca de la adaptabilidad de las criaturas al fin de la supervivencia. Al encontrar que la condición de cumplimiento de ese objetivo es el medio natural en que la vida se produce (II, 12), la postura podría calificarse de protoevolucionista, aunque Montaigne no la desarrolla y nada dice de los mecanismos precisos para esa adaptación.

Cabe comprender la enorme sorpresa causada por el encuentro de América en comparaciones introducidas al pasar, pero en las que el continente desconocido es visto como si se tratara de un planeta ignoto (II, 12). Como una reacción automática de sus modos de pensamiento más tradicionales, Montaigne rebusca en el inventario de lugares fantásticos, continentes perdidos o islas sumergidas. Mas, enseguida, se impone el buen juicio; la tierra virgen para los europeos no es una isla de Negroponto. Todavía más: ni siquiera se trata de una isla. Las expediciones recientes, afirma el ensayista, han descubierto que consiste en todo un continente unido a las Indias orientales (I, 31). Lo de la proximidad temporal de esta verificación con el instante en que escribe debe tomarse en términos relativos, pues Núñez de Balboa había llegado hasta el Océano Pacífico en 1513 y el viaje de circunvalación del globo de Magallanes y Elcano data de 1522.

Mucho más interesantes todavía son las consideraciones que despierta la presencia del ser humano. Aquí, igual que cuando contempla cualquier otro asunto, Montaigne puede ser ambiguo y aun contradictorio. No duda en calificar a las naciones indígenas de “bárbaras” (I, 31), apartando incluso con asco algunas

costumbres —como el canibalismo de las tribus más primitivas o la necrofilia— que más podían repugnar a un europeo cultivado como el ocasional alcalde de Burdeos. Pero de inmediato procede a idealizar a las culturas americanas. Hay un momento en el que Montaigne parece titubear; se lamenta de que Platón o Licurgo no conocieran a los habitantes del Nuevo Mundo (I, 31), por lo que representa de ausencia de juicio emitido por tales autoridades. La obligación de enfrentar la carencia de tradición en torno a la materia ejerce un efecto benéfico sobre la escritura del ensayista, siempre en el filo entre lo arcaico y lo moderno. En el caso que nos ocupa, el hecho tiene dos consecuencias, una de orden más bien literario, la otra situada en un plano realista.

La primera, dentro de la mencionada idealización de los nativos, es la formulación más antigua que se conoce del mito del *buen salvaje*. Los americanos hallados por los españoles, siguiendo a Montaigne, se encontraban en un estado de pureza intachable por su proximidad a la naturaleza (I, 31). Los define como unos auténticos entes seráficos, dechado de todas las virtudes civiles y personales, que sólo habrían venido a perder por su contacto con los europeos (III, 6), lujuriosos, avarientos y traicioneros.

Sin embargo, tal como queda expuesto en las páginas de los *Ensayos*, el nativo americano anterior a la contaminación, producto de su choque con los conquistadores, sólo puede identificarse relativamente con un buen salvaje de actitud absolutamente ingenua. No es un producto emanado de la naturaleza y apegado todavía a ella en su manera de vivir; ha creado una civilización. El autor piensa que los aztecas son los que han ido más lejos en este aspecto, pero también admiran a Montaigne otros hitos de los precolombinos, como el esplendor de las ciudades de Cusco y México o las vías públicas incas (III, 6).

Muy posiblemente a causa del pie forzado de su visión idílica de los indígenas precolombinos, el escritor francés se obstina en extraer del mundo de la cultura el modo de regirse de estas sociedades. En su criterio, se limitan a seguir la ley natural en el sentido de un imperativo ético poco menos que genético y no de un ordenamiento sedimentado por la costumbre (I, 31). Otros párrafos podrían sustentar la tesis de que la aseveración primera sería más bien una crítica soterrada del papeleo de los leguleyos europeos, en perjuicio de una defensa de intereses concretos lesionados. Lamentablemente, el interés de Montaigne por la justicia hay que

relacionarlo con su predilección por la sociedad espartana en detrimento de la imperfecta democracia ateniense (II, 12).

Pintura idealizada de la sociedad prehispánica, que a veces pierde de vista el sentido funcional más profundo de las cosas, sólo revelado a los estudios etnográficos modernos. Caso especial es el de la abrumadora presencia de la música en la sociedad mexicana, algo confirmado por los cronistas Sahagún, Benavente o Durán. Montaigne ignora la fuerza mágica de la música, unida a los elementos activos que conducen tanto a la vida como a la muerte, y la introduce en su cuadro como un ornamento más de su descripción casi paradisíaca (I, 31). La música estaba, por ejemplo, estrechamente unida al sacrificio humano —de lo que Montaigne tiene noticia (I, 30)—, institución sacra ésta que hizo cundir el horror entre los primeros españoles que la conocieron. La lucha por su erradicación, fuese nacida de un deseo sincero o funcionase como un pretexto, actuó como uno de los motores fundamentales de la conquista. Montaigne no trata el motivo por extenso, pero aun así, cuando lo roza, produce la impresión de que captó algunas de sus claves. Una de ellas, el valor expiatorio del derramamiento de sangre (I, 31; II, 18), recurso que para los precolombinos salvaguardaba el orden del cosmos por medio del aplacamiento y la transmisión de la energía vital del hombre a los dioses. Una interpretación muy moderna es la que propone Montaigne acerca de las guerras de agresión emprendidas por el imperio azteca: su fin último no era otro que la procura de cautivos con los que suministrar la materia prima del rito sacrificial (I, 30).

En los *Ensayos* el punto central del tema americano es la crítica a la conquista efectuada por los españoles. Como este argumento se ha convertido en un clásico de la historiografía quizá no apreciemos en toda su auténtica dimensión el hecho de que la pluma de Montaigne fuese una de las primeras de las europeas en alzarse contra los excesos colonizadores. Ciertamente que la crítica venía produciéndose entre los mismos españoles, que participaron de uno u otro modo en el proceso, casi desde su comienzo mismo; la novedad aportada por el ensayista —y alguna otra figura— es la dimensión intelectual, así como la condena de la conquista en nombre de los valores humanísticos más altos, comunes a los hombres de cualquier región o cultura. No es ocultable que, para remachar su censura, Montaigne recurre al expediente mítico, al afirmar que si la conquista hubiese tenido lugar bajo Alejandro Magno o cualquier otro caudillo del mundo grecorromano se hubiera producido algo

así como el reino celestial sobre la tierra. También se sirve de la exageración sin tasa, pues habla de “tantos millones de pueblos pasados a cuchillo” (III, 6) o de las naciones borradas del mapa (II, 18). Mucho más importante que las posibles inexactitudes al calor de la discusión es el trasfondo ético de su juicio negativo sobre la ocupación. La velocidad con que ésta se llevó a cabo fue debida, de hecho, a razones que podríamos llamar técnicas. La tenaz defensa de los indígenas hubo de sucumbir en la lucha con armas para ellos desconocidas: el caballo, las piezas de artillería y los arcabuces, pero no menos el engaño y la traición (III, 6). Su crítica general a los crímenes cometidos en el Nuevo Mundo se agudiza justificadamente al escribir sobre los infamantes asesinatos de los últimos monarcas de los imperios azteca e inca —Cuauhtémoc en 1525, y Atahualpa en 1533 (III, 6). Lo más significativo de la postura montaignesca se encuentra en su identificación del origen de todo el mal ocurrido en América; con notable valentía para la época, lo cifra en la concesión por parte del Papa de las tierras recién descubiertas, aludiendo claramente a las bulas de Alejandro VI. De esa suerte, el pontífice habría transmitido un derecho del que nunca fue titular (III, 6). Sin embargo, ni por un momento Montaigne duda que la extensión de la fe católica fuese un fin deseable, pero pensaba que a costa de tanta violencia no se conseguirían sino esclavos; más valdría persuadir que doblegar (III, 6).

Es interesante comprobar que no cuestiona la buena voluntad de los monarcas españoles. Entiende que el rey Fernando alentaba un sano principio por reducir los procesos judiciales en las tierras recién colonizadas (III, 13), e igualmente que Felipe II encaró, por lo que respecta a la economía, dificultades que sobrepasaban su actitud prudente (III, 6). Enfoca el problema de las distancias, axial en las fricciones entre la metrópoli y los territorios nuevos incorporados a la Corona, tan sólo para burlarse del supuesto valor de unos príncipes que realizaban sus conquistas desde la seguridad de una distancia de cientos de leguas y por la acción de unos intermediarios (II, 21). Montaigne no supo percatarse de que, de haber invertido el razonamiento, habría dado con la dificultad casi insalvable del gobierno de las colonias.

Las contradicciones o los errores no afectan el núcleo de la posición del escritor frente a la conquista americana. Casi como una consecuencia moral de su crítica a los crímenes cometidos, se extrae una de las ideas más originales contenidas en los *Ensayos*: el relativismo cultural según el cual las costumbres o valores de

una civilización no deben juzgarse con los criterios de otra hipotéticamente superior (I, 31; II, 12). En lo diverso no hemos de encontrar motivo de desagrado, sino factor de ampliación del modo en que intentamos comprender el mundo. El concepto del relativismo cultural no era nuevo, puesto que aparece en las fuentes castellanas y fue la tesis principal de fray Bartolomé de Las Casas en la refutación (1551) de la superioridad del europeo defendida por Ginés de Sepúlveda. Ahora bien, Montaigne ayudó a difundir esa manera nueva de pensar, a la que impregnó de un cariz ético por el apoyo a las formas ilimitadas de manifestarse el ser humano.

RESUMEN

Michel de Montaigne (1533-1592), considerado el creador del género ensayístico, fue uno de los primeros escritores europeos no españoles en ocuparse de la presencia del continente americano. En sus escritos aparecen todavía visiones fabulosas, pero de igual forma surgen actitudes plenamente racionalistas y una cierta idealización que Montaigne reformula en el mito del “buen salvaje”, un ser humano puro en su perfecta relación con la naturaleza en contraste con los perversos europeos. Comprendió Montaigne la función que cumplían algunas instituciones de las culturas precolombinas, como el sacrificio humano, criticó la intervención de los conquistadores y su censura, en nombre de la ética, alcanzó incluso al poder papal.

Palabras clave: América siglo XVI, género ensayístico, culturas azteca e inca, etnología, relativismo cultural.

Abstract

Michel de Montaigne (1533-1592), considered the creator of the essay genre, was one of the first European writers to address the presence of the American continent. In his writings we still can find fictitious visions, but also fully rationalistic attitudes and a certain idealization embodied in the myth of the “noble savage”—a pure being in perfect relationship to nature, opposed to the perverted European. Montaigne understood the role played by some of the pre-Columbian culture’s institutions, such as human sacrifice, and questioned the conquerors’ actions. His critique, based on Ethics, even reached the papal power.

Key words: America 16th century, essay genre, Aztec and Inca cultures, Ethnology, cultural relativism.